

tienda sobre si Olmedo hizo ó no hizo bien en cantar al general Flores, á quien unos pintan como un tiranuelo funesto para la tranquilidad de su patria, mientras otros, con mejor acuerdo, á lo que yo alcanzo, reconocen en él altas dotes de guerrero y de estadista, prendas nobilísimas de hombre privado, celo del bien público, condición apacible y amena y aficiones cultas y literarias: todo lo cual parece que nada tiene que ver con los rasgos tradicionales del grotesco personaje llamado *tirano*, inventado por los retóricos antiguos *ut pueris placeat, et declamatio fiat*, y realizado muy al pie de la letra, según dicen, en algunas repúblicas de América. Por mi parte, ni puedo creer que fuese un soldado ambicioso y vulgar el que inspiró tal canto y en alas de él pasará á la posteridad aun más que por la memoria de sus hazañas; ni encuentro digno de censura á Olmedo por haberle cantado; aunque después contribuyese á su caída llamándole *ángel exterminador*, y estuviese á pique de sucederle en la presidencia del Ecuador. Para hacer buenos versos, siempre es ocasión oportuna, y á los poetas hay que pedirles más cuenta de los versos que de los asuntos. Si la victoria del general Flores tuvo virtud para despertar el numen de Olmedo, que parecía aletargado hacía más de diez años, y obligarle á prorumpir en un canto que, salvo la inferioridad de la materia, no cede en pompa, boato, sonoridad y nervio al *Canto de Junín*, y en madurez de estilo y buena distribución de partes seguramente le vence, las Musas tienen que darle las gracias por su victoria y hasta por su *tiranía*.

Completan el número de las obras de Olmedo que tienen aparejada larga vida entre lo más selecto del parnasio americano, la grave y melancólica *Silva á un amigo*

en el nacimiento de su primogénito, que sabe á Leopardi en algunos pasajes; y la traducción incompleta y algo parafrástica (como forzosamente ha de serlo toda versión de poesía inglesa) del *Ensayo sobre el hombre* de Pope. De las tres epístolas que Olmedo alcanzó á traducir, sólo la primera fué por él definitivamente corregida: las otras están versificadas con más negligencia, pero en todas ellas hay trozos de la más bella poesía filosófica que puede encontrarse en castellano (1).

(1) Nació D. José J. de Olmedo en Guayaquil el 20 de Mayo de 1780, de padre malagueño y madre americana. Hizo sus estudios de gramática en Quito, y los de filosofía y derecho en el colegio de San Carlos y Universidad de San Marcos de Lima, recibiendo el grado de doctor en 1805. Desempeñó en aquella universidad cátedras de derecho romano, y luego se dedicó en Guayaquil al ejercicio de la abogacía. En 1810 fué nombrado diputado para las Cortes de Cádiz, en cuyas actas se encuentra algún breve discurso suyo, especialmente el que pronunció sobre la abolición de las *mitas*, ó servicio personal de los indios. Permaneció en España hasta la vuelta de Fernando VII en 1814. Vuelto á América, formó parte de la *Junta de Gobierno* de Guayaquil en 1820, y del Congreso Constituyente del Perú en 1823, así como también de la diputación peruana que fué á implorar el auxilio militar de Bolívar, con quien antes había estado en desacuerdo político y de quien se convirtió entonces en amigo y admirador entusiasta. Después de Ayacucho, Bolívar le envió de ministro plenipotenciario á Londres, donde contrajo estrecha amistad con D. Andrés Bello. Permaneció en Europa hasta 1828: en 1830 concurrió á la convención ó asamblea constituyente de Riobamba, que separó definitivamente la república del Ecuador de la de Colombia. Sucesivamente fué electo vicepresidente de la República y gobernador del departamento del Guayas. Presidió la convención nacional de Ambato en 1835, y desaviniéndose con el general Flores, se puso en 1845 al frente del Gobierno provisional en la revolución que contra aquel general estalló triunfante en Guayaquil. Candidato para la presidencia de la República, fué derrotado por D. Vicente Ramón Roca, en las elecciones de aquel año. Murió muy cristianamente en su ciudad natal en 19 de Febrero de 1847.

La mayor parte de las poesías de Olmedo se fueron publicando sueltas, á raíz de los acontecimientos que las inspiraron.

El *Ensayo sobre el hombre* (1.^a epístola con el texto inglés) se imprimió con bastante esmero en Lima en 1823. La 2.^a y rarísima edición del *Canto á*

Por mucho tiempo Olmedo fué el único representante de la poesía del Ecuador, aunque en hecho de verdad él hubiese nacido peruano. Es casi el único que figura en la *América poética* de 1846, puesto que el mediano fabulista D. Rafael García Goyena, que también está incluido allí, suena indebidamente como guatemalteco, por lo cual suele ponérsele también en las antologías de Centro-América. Es cierto, sin embargo, que nació en Guayaquil en 1766; pero desde la edad de doce años residió en Guatemala, y allí escribió y publicó sus apólogos, correctos pero insípidos.

Hay, pues, un largo paréntesis entre la deslumbradora aparición de Olmedo, hijo del régimen colonial, y

Bolívar es de Guayaquil, 1825; pero yo no he visto otra más antigua que la de Ackerman, de Londres, del año siguiente. Casi todas las poesías importantes de Olmedo salieron juntas en la *América Poética* de Gutiérrez (Valparaíso, 1846), y el mismo Gutiérrez las publicó aparte, algo aumentadas, en un tomito, también de 1848, que fué reimpreso por Boix en París en 1853. Estas dos ediciones añaden las epístolas 2.^a y 3.^a de Pope, que Olmedo había publicado en 1840 en *La Balanza*, periódico de Guayaquil. En 1861, D. Manuel Nicolás Corpancho, literato peruano, acrecentó algo la colección en un cuaderno publicado en Lima con el título de *Poesías inéditas de Olmedo: apuntes bibliográficos para formar una edición más completa que las conocidas*.

Hay excelentes trabajos biográficos y críticos sobre Olmedo. Los principales son:

Caro (M. A.). *Olmedo*: tres artículos en el *Repertorio Colombiano*, tomos II y III (Bogotá, 1879).

Cañete. *El Dr. D. José Joaquín de Olmedo*. (En su libro *Escritores Españoles é Hispano-americanos*, Madrid, 1884).

Herrera (D. Pablo). *Apuntes biográficos de D. J. J. Olmedo*. Quito, 1887.

Mera (D. Juan León). *Carta al Sr. D. Manuel Cañete* (sobre varios puntos de la vida de Olmedo). Quito, 1887.

— *Cartas inéditas de Olmedo, precedidas de un breve estudio sobre ellas*. Quito, 1892. Estas cartas, que contienen curiosos juicios de Olmedo sobre Lucrecio, á quien admiraba mucho, y sobre Lucano, cuyo genio poético estimaba superior al de Virgilio, fueron dirigidas de 1823 á 1825 al doctor D. Joaquín de Araujo.

los frutos mucho más modestos de la nueva generación literaria, que luchando con dificultades indecibles, nacidas de los trastornos políticos y del abandono casi total de los buenos estudios, fué levantando poco á poco la cabeza hacia la segunda mitad de nuestro siglo y empezó á dar muestra de sí en la *Lira Ecuatoriana* que en 1866 compiló el Dr. D. Vicente Emilio Molestina. En ella figuran versos dolientes y apasionados de una infeliz poetisa de Quito, D.^a Dolores Veintemilla de Galindo, á quien pesares domésticos arrastraron al suicidio en 1857, á la temprana edad de veintiséis años. Su composición *Quejas* es un *ay* desgarrador que debe recogerse, tanto más cuanto que la sincera expresión del sentimiento no es lo que más abunda en la poesía americana.

Entre los poetas de la primera *Lira Ecuatoriana*, dos descuellan sobre todos: D. Juan León Mera y D. Julio Zaldumbide. Mera vive y continúa escribiendo, no sólo versos, sino exquisita prosa, de que su linda novela *Comandá* es buen ejemplo. Zaldumbide ha descendido no ha mucho á la tumba, y por consiguiente entra ya en nuestra colección. En 1851 se dió á conocer por su *Canto á la Música*, y en 1888 cerró su carrera poética con dos bellas traducciones, una del *Lara* de Byron, y otra de los *Sepulcros* de Pindemonte, honrándome con la dedicatoria de la segunda (1). El género predilecto de Zaldumbide fué la meditación poética; sus cualidades sobresalientes: gravedad en el pensar, mezclada con cierta amable languidez en el sentir; elevación moral

(1) Hay sobre las poesías de Zaldumbide unas *Observaciones* muy apreciables del Dr. D. Luis Cordero en las *Memorias de la Academia Ecuatoriana*, tomo I (Quito, 1889).

contemplativa y serena con intervalos de flaqueza, desfallecimiento y obscuridad, de que llegaron á triunfar al fin su recto corazón y bien disciplinado entendimiento. Comenzó por la duda sobre el destino humano, y acabó por entregarse en brazos de la fe. Sus poesías son, por decirlo así, el diario psicológico de esta batalla suya. Nunca fué pesimista dogmático; pero navegó por mucho tiempo en las olas del escepticismo, como lo demuestran sus composiciones *Eternidad de la vida* y *Meditación*. En la hermosa meditación titulada *La noche*, exclamaba con amarga ironía que parece *leopardiana*:

Tuyo es el universo: alza la frente:
Espacia tus miradas orgullosas
Por el vasto, encumbrado firmamento:
Las estrellas que ves esplendorosas,
Las que ver no te es dado, y las que en vano
Pretendiera alcanzar tu pensamiento,
Súbditas son de tu potente imperio;
Tu ley gobierna su ordenado giro;
Brillan para tu bien. El rayo ardiente
Que el cielo airado contra ti fulmina,
El mal granizo que tus campos daña,
Los vientos que en los mares se sepultan,
El volcán que tus obras arruina,
Parece, sí, que tu poder insultan.
Mas son para tu bien, y su guadaña
¡Oh feliz colmo de felice suerte!
Para tu mismo bien blande la muerte.

En medio de la tormenta de sus dudas, Zaldumbide permaneció *afectiva* ya que no *especulativamente* cristiano, porque, como él decía:

Arcanos de la muerte los concibe
Más bien el corazón que no la mente....

Quiso creer, y al fin le visitó la Gracia. En unos versos á la Virgen había escrito:

Jamás al que te ruega desamparas
Ni hay súplica por ti desatendida;
La flor que pone en tus benditas aras
El que te ofrenda, nunca va perdida....

La súplica fué oída, y Zaldumbide dió en los últimos años de su vida y á la hora de su muerte ejemplos de viva y fervorosa piedad, que por la importancia del sujeto fueron de grandísima edificación para la sociedad del Ecuador, que atravesaba entonces grave crisis religiosa (1).

Tenia Zaldumbide, á diferencia de otros muchos poetas ecuatorianos, sólida educación literaria, basada en el estudio directo y reflexivo de los modelos latinos, italianos é ingleses, y de los nuestros del siglo de oro, entre los cuales prefería á Garcilaso y Fr. Luis de León. Así es que, aun los pocos versos románticos que en su mocedad compuso, son relativamente correctos, y en los posteriores hay, no sólo decoro y pulcritud en la dicción, sino estudio de la parte musical del idioma, que fluye manso y apacible en una versificación generalmente intachable. Á estas buenas partes de prosodia y estilo juntaba Zaldumbide condiciones descriptivas no vulgares; sentimiento no fingido de la naturaleza, aunque más en el conjunto que en los detalles, más en la expresión moral que en la expresión física; y una suave y reposada tristeza, que por ser tan suya ennoblece y renueva en él hasta los tópicos más vulgares de la poesía campestre. La oda *Á la Soledad del Campo*, *La*

(1) Nació Zaldumbide en Quito en 1833 y murió en 1887.

Mañana, El Mediodía, La Tarde, La Estrella de la Tarde, donde se admiran estos delicadísimos versos, que son vaga reminiscencia de una elegía de Herrera (1):

Después tú viste, estrella de los cielos.....
Mas ¿quién podrá contar lo que tú viste?.....,

son buenos fiadores de lo que digo. No tuvo Zaldumbide la fortuna de concentrar sus fuerzas en una composición inolvidable que deba ir perpetuamente unida á su nombre; pero si por falta de nervio ó de audacia ó de ocasión no pudo ser contado entre los líricos de primer orden de la América del Sur, merece á lo menos un puesto muy distinguido entre los de segundo, al modo que lo obtiene entre los cubanos, por prendas muy parecidas de sentimiento y de gusto, el dulce y simpático Mendive.

Otros poetas ya fallecidos figuran en las *Antologías Ecuatorianas* (2): el general D. Francisco Javier Sala-

(1)

Lo que más entre nos pasó no es dino,
Noche, de oír el Austro presuroso,
Ni el viento de tus lechos más vecino.....

(HERRERA.—Elegía IX.—Lib. II).

(2) Las que conozco son:

—*Lira Ecuatoriana. Colección de poesías nacionales, escogidas y ordenadas por el Dr. Vicente Emilio Molestina. Guayaquil, 1865. Juzgada con dureza, pero no con injusticia por Mera, en su Ojeada crítica sobre la Poesía Ecuatoriana.*

—*Parnaso Ecuatoriano, con apuntamientos biográficos de los poetas y versificadores de la República del Ecuador, desde el siglo XVII hasta el año de 1879, por Manuel Gallegos Narayo (Quito, 1879). Desdichadísimo llamó á este Parnaso el Sr. Mera, y Cañete añade que en él abunda mucho la broza.*

—*Nueva Lira Ecuatoriana. Colección de poesías escogidas y ordenadas por Juan Abel Echeverría (Latacunga, 1879). Puede considerarse como un se-*

zar, el Dr. D. Rafael Carvajal, D. Vicente Piedrahíta, D. Miguel Riofrio (autor de *Nina*, leyenda quichua), D. Miguel Angel Corral, D. Joaquín Fernández Córdoba, D.^a Angela Caamaño de Vivero (que tradujo con felicidad algunos versos de Byron), el festivo improvisador D. Joaquín Velasco y el joven estudiante de Medicina D. José Bernardo Daste. En los versos que conocemos de estos autores hay cosas dignas de estimación, pero ninguna de mérito muy relevante; y como, por otra parte, no tenemos á la vista más que una pequeñísima porción de sus obras, nos expondríamos á dar

gundo tomo de la *Lira* del Dr. Molestina, porque no repite ninguna composición.

—*Antología Ecuatoriana.—Poetas. Quito, 1892.*

Colección formada por la Academia del Ecuador, correspondiente de la Española. Es mucho más copiosa y de mejor gusto que las anteriores, pero adolece de excesiva benevolencia. Lleva un segundo tomo de poesía popular titulado:

—*Cantares del pueblo ecuatoriano. Compilación formada por Juan León Mera. Quito, 1892.* De estos cantares nada hemos dicho, como tampoco de los que en pequeño número se han publicado de otras regiones de América, porque exigiria un estudio especial y muy minucioso el distinguir en ellos lo verdaderamente americano é indigena de lo mucho que se encuentra también en las numerosas colecciones de coplas españolas y singularmente andaluzas, formadas por Lafuente Alcántara, Rodríguez Marín y otros. Hay también en el libro del Sr. Mera algunos versos políticos y varias composiciones modernas en la lengua de los indios llamada *quichua*, que sigue siendo cultivada artificialmente por varios literatos del país, distinguiéndose entre ellos el Dr. D. Luis Cordero.

Falta á esta *Antología* un tercer tomo de prosistas que está confiado á la docta dirección de D. Pablo Herrera y será quizá el más interesante, porque la agitadísima vida política del Ecuador ha hecho que el ingenio de sus hijos brille y se desarrolle principalmente en el campo de la polémica social y religiosa. Los nombres de Espejo, Mejía, el P. Solano, García Moreno y otros, á los cuales conviene añadir ya, con las necesarias reservas de ortodoxia y de gusto, el del sofista agudo é ingeniosísimo, y brillante y castizo, aunque abigarrado y algo pedantesco prosista, Juan Montalvo, pueden dar especial interés á esta sección.

un fallo injusto y atropellado, si aquí pretendiésemos juzgarlas.

Séanos licito, pues, cerrar esta sección con el nombre venerable del adalid y mártir de la causa católica en el Ecuador, el presidente D. Gabriel García Moreno, que si no cultivó la poesía como vocación predilecta, mostró en la *Epístola á Fabio* grandes dotes para la alta poesía satírica, y en otras composiciones suyas, desgraciadamente escasas, ya originales, ya traducciones de Salmos, tampoco encontró difícil ni rehacio el idioma de las Musas. Tienen estas piezas los descuidos inherentes á todo lo que se escribe para no ser impreso; pero en ellas, como en sus escritos en prosa, quedó un reflejo de la grande alma de su autor, que hubiera podido ser eminente en el arte de la palabra, si no hubiese preferido el arte soberano de la vida y de la acción. Pudo por flaqueza humana cometer errores; pudo pecar de terco é inflexible; quizá en alguna ocasión solemne puso á pique de ruina en Colombia los mismos intereses que tan heroicamente defendía en el Ecuador; quizá no realizó en todo y por todo el ideal del gobernante cristiano, pero se aproximó á él más que otro ninguno de nuestros tiempos; y la grandeza de su administración, la entereza de su carácter y la gloria de su muerte, hacen de él uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar á nuestra raza. La república que produjo á tal hombre puede ser pobre, obscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia (1).

(1) Nació García Moreno en Guayaquil el 25 de Diciembre de 1821, y murió asesinado en la plaza de Quito el 6 de Agosto de 1875. Para el cono-

X.

PERÚ.

Fué el Virreinato del Perú la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur; la que alcanzó á ser visitada por más eminentes ingenios de la Península, y la que, por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo xvi, pudo salvar del olvido mayor número de muestras de su primitiva producción literaria. Pero, más desgraciada que Méjico, no ha logrado todavía un Icazbalceta que recoja cuidadosamente todas las reliquias del período colonial y levante con ellas imperecedero monumento. Faltos, pues, de un guía tan docto y autorizado, hemos tenido que recoger afanosamente las noticias literarias del Perú en fuentes muy varias y dispersas, y seguramente nuestro trabajo hubiera resultado incompletísimo, sobre todo para los primeros tiempos de la colonia, si generosamente no se hubiera brindado á enriquecerle con noticias peregrinas el que, sin agravio de nadie, podemos llamar nuestro primer americanista, D. Marcos Jiménez de la Espada.

De sus investigaciones resulta que la poesía castellana en el Perú es casi tan antigua como la conquista misma, se remonta al período de las guerras civiles. El más antiguo poema conocido, obra de autor anónimo, no está

cimiento de su vida y opiniones sirve todavía más que ninguna de sus biografías (incluso la muy vulgarizada del P. Berthe, *García Moreno vengueur et martyr du Droit Chrétien*), la colección de sus *Escritos y Discursos publicados por la Sociedad Católica de Quito y anotados por su presidente D. Manuel María Pólit* (Quito, 1887 y 1888, 2 vols.).